

El lago encantado.
Un cuento del folclore de Oriente,
de Mary-Abby Proctor.

Érase una vez, hace muchísimo tiempo, un rey que no paraba de ir a la guerra. Conquistó a sus vecinos, luego fue a conquistar tierras más lejanas, hasta que, finalmente, gobernó sobre tantos países y tantos pueblos que lo llamaron "El Gran Emperador".

Todos lo halagaban. Le obsequiaban regalos maravillosos. Le decían lo noble, lo grandioso, lo extraordinario que era, i hasta que finalmente lo creyó de verdad! A menudo se decía a sí mismo: «iNadie en la tierra ni en el cielo es más grande que yo!».

Esta era una afirmación bastante contundente para un simple ser humano, pues ni siquiera la persona más grande y sabia de la Tierra puede saber más que los demás, ni gobernar sobre todo en la tierra y en el cielo.

Un día, este gran y poderoso emperador salió de caza con sus cortesanos. Todos iban espléndidamente vestidos y montados en hermosos caballos que danzaban y brincaban. Los perros saltaban y ladraban con fuerza. Sonaban los cuernos, y la alegre comitiva partió a través de campos y bosques.

El sol brillaba con fuerza, y tras unas horas, todos estaban agotados de cazar y acalorados por el calor del día. Entonces, el gran y poderoso emperador les ordenó a sus hombres que descansaran bajo los árboles mientras él se bañaba en un hermoso lago cercano. Los cortesanos estaban asustados porque el emperador iba a bañarse en ese lago. Era un lago encantado y uno corría un gran riesgo si tan solo una gota de sus aguas mágicas lo tocaba.

Cuando le hablaron de los peligros del lago encantado, el gran y poderoso Emperador dijo con orgullo: «Soy más poderoso que cualquier encantamiento», e inmediatamente cabalgó hasta su hermosa orilla arenosa. Su caballo fue atado a un árbol, sus hermosas vestiduras cuidadosamente dispuestas en la orilla. Luego, a su orden, sus hombres de compañía lo dejaron solo. Se zambulló en el agua. Quedó encantado con su suave frescura. Nadó y se sintió muy a gusto. Sin embargo, ni por un instante olvidó que era el gran y poderoso Emperador. Mientras disfrutaba, llegó a la orilla del lago un hombre que se parecía mucho al gran y poderoso Emperador. De hecho, era casi su doble, no solo en apariencia, sino también en voz y modales.

Este hombre se vistió rápidamente con las ropas del Emperador. Los seguidores de su majestad probablemente dormían profundamente a la sombra. De todos modos, ninguno de ellos vio a este hombre, vestido con las ropas de su Emperador, alejarse a caballo. ¡Ni siquiera ladró uno de los muchos perros de caza!

Descansado, fresco y cómodo, el grandioso y poderoso Emperador nadó hasta el lugar donde su ropa había sido desplegada en un magnífico despliegue. ¡No podía creer lo que veían sus ojos! ¡Pero si no había ropa allí! ¡Su caballo no estaba! ¡Sin ropa! ¡Sin caballo! ¡Qué ultraje! ¡Alguien debería sufrir severamente!

"¡Eh, hombres míos!" ¡Ni un sonido en respuesta al llamado del grande y poderoso Emperador!

Para entonces, el sol se ocultaba rápidamente tras las montañas. Refrescaba mucho. El emperador paseaba por la orilla del lago. Pronto oscureció. No veía a nadie. Evidentemente, los cazadores se habían

marchado y lo habían abandonado, ¡a él, el gran y poderoso emperador!
¡Sin duda, alguien debía pagar las consecuencias! ¡Que esperara a que llegara a su palacio y se sentara en su trono!

El poderoso emperador pronto comprendió que lo importante ahora era encontrar ropa y refugio. De repente recordó que no lejos del lago vivía un caballero. "¿Acaso no lo nombré caballero y le di su espléndido castillo? Estará encantado de vestir a su emperador. Iré a verlo."

Antes de partir hacia el caballero, el emperador tejió una estera con algunos de los juncos que crecían a orillas del lago. Se la envolvió alrededor del cuerpo y se dirigió al castillo del caballero. Aunque el trayecto fue corto, resultó doloroso. Las afiladas piedras le cortaban los pies. Las zarzas le perforaban la piel. Las ramas de los árboles le enredaban el largo cabello. ¡Fue una experiencia desagradable para un emperador tan grande y poderoso! Juró en repetidas ocasiones que alguien sufriría severamente por ello cuando volviera a estar en su palacio, sentado en su trono.

El emperador llegó al castillo. Golpeó las puertas. Llamó al portero, quien finalmente llegó, miró por la ventanilla de la puerta principal y preguntó: "¿Quién anda ahí?".

—Abre la puerta —ordenó el Emperador—, y verás enseguida quién soy. Y se hinchó de orgullo.

La puerta se abrió, el secuaz asomó la cabeza y dijo: "¿Quién eres?"

Muy disgustado, el gran y poderoso Emperador gritó: "¡Desgraciado! ¡Yo soy tu Emperador!"

"¡Jo! ¡Jo!" rió el hombre.

«¡Desdichado! ¡Desdichado! Ve con tu amo», ordenó el Emperador.
«Dile que me envíe ropa. ¡Dile que venga a saludar a su Emperador!»

—¡Emperador! —se burló el patán—. El Emperador estuvo aquí con mi amo hace menos de una hora. Vino con su corte de la cacería. ¡Oh, sí! Llamaré a mi amo. ¡Le mostraré a un Emperador grande y poderoso! —El portero cerró la puerta en las narices de su majestad. Sin embargo, pronto regresó con el caballero y, señalando al hombre desnudo, gritó: —¡Ahí está el Emperador! ¡Miren a su Majestad!

El orgulloso y poderoso gobernante dijo con su tono más altivo y majestuoso: «¡Acércate y arrodíllate ante tu Emperador, caballero!». El caballero pareció muy sorprendido mientras el Emperador añadía: «Yo... yo, el Emperador, te nombré caballero. Te di este castillo. Ahora te doy un regalo aún mayor: ¡te concedo permiso para vestir a tu Emperador con tus vestiduras!»

—¡Perro! ¡Sinvergüenza! ¡Fuera de aquí! —gritó Sir Knight—. Que sepas, amigo, que hace menos de una hora el gran y poderoso Emperador estaba sentado a mi mesa. El caballero se enfureció cada vez más.
—¡Golpead a este tipo! ¡Expulsadlo de las puertas!

Cómo se reía el portero mientras los sirvientes golpeaban al pobre hombre. "¡Agáchate bien!", gritó. "No todos los días se puede golpear a un Emperador". El gran y poderoso Emperador se alejó cojeando, magullado y sangrando. "¡Miserable! Le di a ese caballero todo lo que tenía. ¡Mira cómo me lo paga! ¡Espera, ah, espera a que vuelva a sentarme en mi trono! ¡En verdad, será severamente castigado!" Entonces empezó a sentir que las circunstancias eran muy desagradables para él. "¿Ahora, adónde iré? ¿Qué haré? ¡Ah! ¡Iré al Duque! Lo conozco de toda la vida. Con él he compartido banquetes y he cazado. ¡Vaya! ¡El Duque estuvo hoy en mi partida de caza! ¡Seguro que conoce a su Emperador!"

Mientras avanzaba a trompicones, el emperador comenzó a pensar, a reflexionar profundamente. Se preguntó por qué su pueblo no lo reconocía. Su realeza, su grandeza, debían ser evidentes incluso sin estar ataviado con ropajes reales.

De repente, oyó una voz muy cerca, ¡justo en su oído! El poderoso gobernante se sobresaltó. Miró a su alrededor. No vio a nadie. Sin embargo, una voz le había dicho claramente: «La verdadera grandeza es humilde. No se proclama a sí misma, pero es como el sol; no se puede ocultar. La verdadera grandeza otorga a quien la posee una gran belleza, una belleza que ningún trono, ninguna corona, ninguna vestidura real puede conceder».

La voz prosiguió: «La sabiduría y la valía no pueden ocultarse ni por la falta de ropa, ni por la suciedad ni las heridas. Por otro lado, cualquier necio con un trono, una corona, un palacio y cortesanos que lo adulan y lo admiran puede aparentar ser un príncipe».

El gran y poderoso emperador se dirigió pesadamente al gran salón del duque. Pero no se mostró tan audaz ni tan seguro de ser recibido como antes cuando llamó a las puertas. Al tercer golpe, la puerta se abrió y el portero vio a un hombre vestido solo con una estera de juncos, con el cabello enmarañado y el cuerpo manchado y sangrando.

«Ve al duque, te lo ruego. Dile que el emperador está a su puerta. Dile que le han robado la ropa y el caballo. ¡Ve rápido! ¡Te lo ordeno!»

El portero, asombrado, cerró la puerta y se apresuró a acercarse a su amo. «¡Su Gracia, hay un loco en la puerta! Está desnudo, magullado, sucio y descontrolado. Me ordenó que le dijera a Su Gracia que su Emperador está en la puerta».

Las puertas se abrieron de golpe. ¡Su Gracia, el Duque, no reconoció al Emperador!

¿Me conoces? ¡Soy tu Emperador! Esta mañana cazaste conmigo. Recordarás que te dejé para que te bañaras en el lago. Mientras estaba allí, un miserable me robó la ropa y el caballo. Y... y yo... yo... ¡he sido derrotado por un vil caballero! ¿Acaso la voz del gran y poderoso Emperador temblaba? Desde luego, sonaba menos altiva de lo habitual.

—¡Encadenen a ese tipo! No es seguro tener a semejante miserable en libertad —ordenó el duque, y luego añadió—: Denle pan, agua y paja para que se tumbe.

«Qué extraño, qué extraño», murmuró el duque al regresar con sus invitados al gran salón, y les dijo: «Un loco en la puerta. Debió de estar en el bosque esta mañana mientras descansábamos, porque me dijo que él mismo era el emperador; que nos dejó bañándonos en el lago y que alguien le robó la ropa y el caballo. Sin embargo, ya saben que el emperador regresó con nosotros».

Todos hablaban de aquel hombre extraño. Algunos murmuraban: «¡El lago, el lago encantado!». Sin embargo, les parecía imposible que algo le hubiera sucedido a su Emperador, ya que lo habían visto hacía menos de una hora.

El gran Emperador yacía encadenado en una celda oscura. Estaba dolorido y herido. «¡Esperen, esperen, hasta que vuelva a mi trono! ¡Les daré una lección a esos bribones!». Pero el poderoso Soberano jamás imaginó que sería él, el grande y poderoso, quien aprendería la lección más maravillosa de su vida.

«¿He cambiado tanto que ni siquiera el duque me reconoce?» Entonces sus pensamientos vagaron hacia el palacio. «Hay alguien que sí me reconocerá, ¡que me dejen ponerme lo que quiera! ¡Iré a verla!»

Tras un largo y doloroso esfuerzo, las cadenas se soltaron y el desdichado hombre huyó de su celda hacia su propio palacio. Al amanecer, se encontraba a las puertas del palacio. El gran gobernante alzó la mano y llamó a la puerta... ¡llamó a su propia puerta!

El portero miró al hombre salvaje y desnudo. "¿Quién eres? ¿Qué quieres?"

"¡Déjenme pasar! ¡Soy su amo! ¡Soy su emperador!"

«¡Tú, mi amo! ¡Tú, el emperador! ¡Pobre insensato! Mira aquí!». El portero abrió las puertas de golpe y señaló un salón. Allí estaba el emperador sentado en su trono. A su lado, la reina, ¡su amada reina! ¡Oh, la agonía que sufría!

"¡Déjenme ir con ella! ¡Ella me reconocerá!"

El alboroto provocado por el portero y el emperador llegó hasta el gran salón, donde se celebraba un banquete con numerosos invitados. Los nobles salieron a ver qué ocurría. Detrás de ellos venían la reina y el emperador.

Ahogado por la rabia, el miedo y la ansiedad, al ver a estos dos apenas pudo hablar; pero gritó con voz ronca: «Soy vuestro señor y esposo», extendiendo la mano hacia su amada reina. «¡Seguro que me conocéis!»

La reina retrocedió asustada. —Caballeros —dijo el hombre que acompañaba a la reina—, ¿qué se hará con este miserable?

—Mátenlo —dijo uno. —¡Péguenle! —gritaron otros.

El gran y poderoso gobernante fue expulsado bruscamente del palacio; cada uno le dio un golpe al pasar. Las puertas de su propio palacio se cerraron tras él. Huyó. No sabía adónde iba. Al cabo de un rato llegó al lago donde se había bañado. Tenía frío, hambre, dolor y moretones; deseaba estar muerto. Se arrodilló en el suelo, se golpeó el pecho. Apoyó la cabeza en el polvo y gritó: «No soy un gran y poderoso gobernante. No soy un emperador maravilloso. Una vez pensé que no había nadie más grande que yo en la tierra ni en el cielo. Ahora sé que no soy nada, un pobre hombre pecador. ¡No hay nadie tan pobre, tan vil como yo! Dios, perdóname por mi orgullo». Las lágrimas corrían por sus mejillas. Se levantó y se lavó la cara en las aguas cristalinas del lago encantado. Se dio la vuelta. ¡Allí estaban sus ropas! ¡Allí estaba su hermoso caballo comiendo la dulce hierba verde!

Su Majestad se vistió rápidamente. Montó a caballo. Cabalgó velozmente hacia su palacio. Al acercarse, las puertas se abrieron de par en par. Salieron los sirvientes; uno sujetó su caballo, otro lo ayudó a desmontar. El portero hizo una profunda reverencia y dijo: «Me asombra, Su Majestad, no haberlo visto salir por las puertas».

El gran y poderoso gobernante entró. En el magnífico salón volvió a ver a los nobles, a la reina con el hombre a su lado, el que se hacía llamar emperador. Ni los nobles ni la reina miraron a aquel hombre. Solo vieron entrar a su emperador y fueron a saludarlo. El hombre también se adelantó. Vestía túnicas blancas y brillantes, no ropas reales.

El emperador inclinó la cabeza ante él, vestido con túnicas blancas, y murmuró: "¿Quién eres?".

«Yo soy tu ángel de la guarda», respondió aquel que vestía de blanco resplandeciente. «Fuiste orgulloso y te enalteciste. Por eso fuiste humillado. Pero tu reino, que yo protegí, te ha sido devuelto, pues ahora eres humilde. Solo los humildes son dignos de gobernar».

El ángel desapareció. Nadie más había oído su voz. El emperador volvió a sentarse en su trono y gobernó con humildad, pero con sabiduría, para siempre.